

CAPITULO III

LAS CONSECUENCIAS MORALES DE LA HERENCIA

I

Al principio de todo estudio sobre la moral, se encuentra el inextricable problema de la libertad. Nosotros hemos hecho resaltar muy á menudo el carácter fatal de la trasmisión hereditaria, para que se vea que todo lo que se concede á la herencia se sustrae á la libertad, y que la herencia ofrece una fuente abundante, aunque poco explotada hasta aquí, de argumentos en favor del fatalismo. La herencia y la libertad se ponen enfrente la una de la otra, como dos términos contrarios é inconciliables. La una, según la opinión común, crea en nosotros la persona, el carácter. La otra tiende á sustituir la persona con la especie, á borrar todo lo que es individual, someterlo todo á la fatalidad impersonal de sus leyes, hasta el punto de que nos veamos necesariamente determinados á sentir, pensar y obrar como nuestros padres, cuyo pensamiento extinguido en apariencia, revive en nosotros.

No tenemos para qué tomar parte en este debate, y podemos descartarlo de primera intención.

Si, en efecto, se admite el libre albedrío, bastará añadir á los motivos individuales que lo determinan, motivos específicos.

Si se tiene al libre albedrío por una ilusión, la he-

rencia no es otra cosa que una forma más de determinismo.

No es éste el lugar de insistir sobre una dificultad que, de cualquier modo que se corte, nos importa poco. Sin embargo, nos solicita para examinar una cuestión que el lector se habrá planteado más de una vez y que encuentra aquí su puesto natural. La psicología, aun la experimental, no puede pasarse de un cierto elemento dado á título de hecho que nosotros llamamos el yo, la persona, el carácter, que cualquier otra palabra es impropia para designar, del cual no podemos decir nada, sino que es esto que hay de más íntimo en nosotros, lo que nos distingue y nos diferencia de todo lo que no somos, lo que hace que *nuestras* ideas, *nuestros* sentimientos, *nuestras* sensaciones, *nuestras* soluciones, nos son dadas como *nuestras* y no como fenómenos de un orden extraño.

La personalidad, el carácter, ¿es independiente de la herencia? El problema es importante, pues se trata de saber si en definitiva el poder de la herencia tiene límites.

Evidentemente no hay más que dos hipótesis que hacer: ó se admite que en cada nuevo nacimiento hay un acto de creación especial que pone en cada sér el germen de su carácter, de su personalidad, ó se admite que este germen es el producto de generaciones anteriores, que sale necesariamente de la naturaleza de los padres y de las circunstancias del acto generador.

La primera hipótesis es tan poco científica, que no vale la pena de ser discutida. Queda, pues, forzosamente la segunda.

Hémos aquí llevados bruscamente al fondo de nuestro asunto. Pensábamos escapar á la herencia, y la encontramos en este germen mismo, que es lo que hay en nosotros más íntimo, más esencial, más personal. Después de haber mostrado por una larga enumeración de hechos que las facultades sensitivas é inte-

lectuales se transmiten, que se puede heredar tal instinto, tal pasión, tal clase de fantasía, lo mismo que la tisis, el raquitismo, la longevidad, esperábamos al menos que una parte de la vida psíquica estuviese fuera del determinismo, que el carácter, la persona, el yo escapasen á la herencia; pero la herencia, es decir, el determinismo, nos invade por todas partes, por fuera, por dentro. Más aún, si, con los partidarios de la evolución, vemos en la herencia una fuerza que no solamente es conservada, sino creada por acumulación, el carácter no es solamente transmitido, sino que es una obra fatal, construída pieza por pieza, por el trabajo lento, inconsciente, pero incesantemente acumulado, de las generaciones.

Examinemos más de cerca la dificultad. La personalidad tiene su traducción empírica y práctica en eso que se llama el carácter, el cual es él solo la causa *inmediata* de nuestros actos. Aunque esta palabra «carácter» sea vaga y su estudio haya sido descuidado por la psicología — la cual tiene aquí, por tanto, un campo interesante por explotar — ofrece un sentido suficientemente determinado por el uso para hacer inteligible esta cuestión: el carácter ¿es un producto de la herencia?

La hipótesis de un principio de individuación distinto de los fenómenos, es de aquellas que la psicología nueva tiende á eliminar. Cuando se ha considerado en el individuo su actividad intelectual, su vida afectiva, esa resonancia, en fin, de la vida del cuerpo, que sirve de base á todo lo demás, no se ve qué habría que buscar más allá. — La actividad intelectual, en todas sus formas y todas sus manifestaciones, parece ser lo que hay de menos íntimo en la personalidad, de más exterior en el individuo. — Con las pasiones, los sentimientos y los instintos, entramos más en lo vivo, y á causa de esto, en el hombre que deviene *alienus a se*, las perturbaciones afectivas preceden durante meses, si no

son años, á las perturbaciones intelectuales. — Pero la base de la personalidad debe buscarse más bien en este sentimiento fundamental de la existencia, que es como una resonancia lejana, débil y confusa del trabajo vital universal, que nos advierte, sin cesar, de la existencia de nuestro propio cuerpo. Este *Gemeingefühl*, al cual el común de los hombres no concede atención, y que muchos psicólogos han descuidado, no es por eso menos el soporte de nuestra vida mental. Si el análisis psicológico pudiera hacer uso del microscopio, podría resolver este estado general en millares de excitaciones vagas del organismo. Por esto, este sentimiento general de la existencia se reduce á estados psicológicos elementales, *todos los cuales tienen su antecedente fisiológico*.

Es claro que las líneas precedentes no pretenden dar una génesis completa de la personalidad, sino sólo simples indicaciones. Ellas bastan para responder á la cuestión planteada más arriba.

La inteligencia, los sentimientos, los instintos, son transmitidos por la herencia; el organismo, en su forma y en sus funciones, es igualmente transmisible. Si la inteligencia, los sentimientos, los instintos y el organismo bastan para explicar la personalidad, no tenemos ninguna razón para admitir que la herencia es limitada, por lo que quiera que sea.

Sin duda, los caracteres nos ofrecen una diversidad infinita; pero los elementos intelectuales, afectivos y vitales pueden asociarse de tantas maneras y en proporciones tan variables, que las diferencias se explican tan bien por ellas, como por la hipótesis de una entidad misteriosa y trascendental.

Por encima del carácter empírico, si place á los metafísicos admitir, con Kant, un «carácter inteligible» que lo explica, libres son de ello. Esta doctrina traspasa la experiencia; nosotros no tenemos para qué ocuparnos de ella.

Desde el punto de vista empírico y práctico es como se pone para nosotros el problema de la responsabilidad; ¿puede decirse que la herencia la suprime? A esta cuestión no hay respuesta general; pero se pueden reducir todos los casos particulares á dos principales.

El primer caso es aquel en el que las tendencias hereditarias no tienen un carácter irresistible. El hombre, heredando modos de sentir y de pensar de sus padres, es solicitado á querer, y por consecuencia á obrar como ellos. Esta herencia de impulsos y de tendencias constituye para él una clase de influjos internos, en medio de los cuales vive; pero tiene la facultad de juzgarlos y de vencerlos. No suponen, más que las otras circunstancias internas ó externas, la supresión, el aniquilamiento del factor personal (cualquiera que sea su naturaleza) y la necesidad irresistible de los actos. Depende, en una palabra, de la herencia hacer nacer más ó menos vivamente inclinado al bien ó al mal, y por tanto, más ó menos capaz de delinquir, pero no se le debe, ni el vicio, ni la virtud; el vicio y la virtud no existen por sí mismos; no consisten en la naturaleza fatal de los impulsos externos ó internos que obran sobre nosotros, sino en el concurso mental y ejecutivo de la voluntad.

El segundo caso es aquel en el cual las tendencias hereditarias tienen un carácter irresistible. Sin hablar de estados de locura bien averiguada, en la que el individuo es *alienus a se*, en los que la personalidad desaparece asaltada y finalmente vencida por impulsos fatales y por ideas fijas, hemos visto casos donde, á no dudar, la tendencia al vicio ó al crimen es una herencia que se impone fatalmente. El factor personal no tiene la fuerza de reobrar contra estos impulsos internos. Recordemos los ejemplos de teratología criminal, citados bajo el título de «herencia de los sentimientos y de las pasiones». Aquí ya no hay culpables.

En esta lucha incesante que se libra en nosotros entre los caracteres individuales y los específicos, entre la persona y la herencia, y, si se quiere, entre la libertad y la fatalidad, la libertad es vencida más á menudo de lo que se piensa. Pero si se rehusa confesarlo, y, como dice muy bien Burdach, con la excelente intención de mostrar al hombre que él es libre, se olvida demasiado «que la herencia tiene realmente más imperio sobre nuestra constitución y sobre nuestro carácter, que todos los influjos de fuera, físicos ó morales». Esto es lo que nosotros vamos á ver bajo otra forma examinando las relaciones de la educación y de la herencia.

II

Es una cuestión que preocupa hoy la del influjo del medio físico. Se ha mostrado cómo el clima, el aire, la configuración del suelo, el régimen, la naturaleza de los alimentos y de las necesidades, todo aquello que la fisiología comprende bajo los términos técnicos de *circumfusa*, *ingesta*, etc., moldean el organismo humano con su acción incesante; lo mismo que esas sensaciones latentes y sordas que no llegan hasta la conciencia, pero que penetran incesantemente, formando á la larga ese modo habitual de la constitución que se llama el temperamento.

El influjo de la educación es análogo; consiste en un medio moral, y termina por crear un *hábito*. Se puede aún decir que este medio moral es más complejo, heterogéneo y cambiante que ningún medio físico. Pues la educación en su sentido exacto y completo, no consiste solamente en las lecciones de nuestros padres y de nuestros maestros; las costumbres, las creencias religiosas, las lecturas, las conversaciones oídas ó sorprendidas, son otros tantos influjos mudos que obran sobre el espíritu como las percepciones

latentes sobre el cuerpo y contribuyen á nuestra educación, es decir, á hacernos contraer *hábitos*.

No hay, sin embargo, que exagerar. Se ha supuesto algunas veces tan grande el influjo del medio físico (Lamarck y sus predecesores), que ha llegado á ser sencillamente, creador; y se ha atribuído á menudo á la educación un poder tal, que el carácter individual ha venido á ser su obra y todo don natural ha sido confiscado en su provecho. Descartes, atribuyendo á su método lo que era fruto de su genio, se atrevió á afirmar «que el buen sentido es la cosa mejor distribuída del mundo, y que toda la diversidad de espíritus proviene de que conducimos nuestros pensamientos por diferentes caminos». La escuela sensualista, en su horror á todo lo innato, ha exagerado todavía esta doctrina. Según Locke, «de cien hombres hay más de noventa que son buenos ó malos, útiles ó perjudiciales á la sociedad, por la instrucción que han recibido; es de la educación de lo que depende la gran diferencia que se advierte en ellos». Helvecio, llevando la doctrina al extremo, sostiene «que todos los hombres nacen iguales, con iguales aptitudes, y que sólo la educación establece las diferencias»; y con un encarnizamiento que nos deja estupefactos, desenvuelve esta increíble paradoja, de que los hombres no difieren ni por la finura del sentido, ni por la extensión de la memoria, ni por la capacidad de la atención, y que todos tienen en sí mismos el poder de elevarse á las ideas más altas, no dependiendo la diferencia de espíritu más que de las circunstancias (1).

Es muy importante para nosotros no conceder al influjo de la educación más que su parte correspondiente y reivindicar en contra los derechos del innatismo, pues la causa del innatismo es la nuestra. Aquí innatismo y herencia es todo uno. Que ciertas cualida-

(1) *De l'esprit*, tercer discurso.

des psíquicas vengan de una variación espontánea, ó de una trasmisión hereditaria, no importa por el momento. Lo que es menester demostrar es que preexisten á la educación, que las transforma algunas veces, pero que no las crea jamás; y es que los adversarios de la herencia cometen un gran error al explicar por una causa exterior, como es la educación, lo que es debido á una causa interior, á saber: el carácter. Su polémica ha consistido en efecto con frecuencia en poner este dilema, decisivo á sus ojos. O los hijos no se parecen á sus padres; y entonces, ¿dónde está la ley de la herencia? O los hijos se asemejan moralmente á sus padres; y entonces, ¿para qué buscar otra causa que la educación? ¿No es natural que un pintor ó un músico enseñe su arte á sus hijos; que un ladrón dirija sus hijos al robo; que un niño nacido en la corrupción se resienta de su medio?

Se debe hacer á Gall la justicia de que ha visto bien y ha mostrado, á pesar de los prejuicios reinantes, que las facultades que se encuentran en todos los individuos de la misma especie, existen entre los diversos individuos en grados muy diferentes, y que esta variedad de aptitudes, de pensamientos, de caracteres, es un hecho general, común á todas las clases de seres independientemente de la educación. Así, entre los animales domésticos, los sabuesos ó bracos están lejos de mostrar todos la misma finura de nariz, el mismo arte para perseguir y la misma seguridad en la detención; todos los perros de ganado no están dotados ni con mucho, del mismo instinto; los caballos de carrera de una misma raza difieren en velocidad; los de la misma raza de tiro difieren en vigor. Otro tanto pasa con los animales salvajes. Los pájaros cantores tienen todos, naturalmente, el canto de su especie; pero el arte, el timbre, la fuerza y el encanto de la voz varían del uno al otro. Pierquin llega hasta descubrir, entre los caballos y los perros, imbéciles, maniacos y locos.

En el hombre, algunos ejemplos, bien escogidos, bastan para mostrar el papel del innatismo (que no es frecuentemente más que la herencia) y para atar corto todas estas explicaciones incompletas, sacadas del influjo de la educación. Se recuerda cómo D'Alembert, abandonado al nacer y educado por la viuda de un vidriero, sin recursos y sin dirección, perseguido por las burlas de su madre adoptiva, de sus camaradas, de su maestro, que no llegó á comprenderlo, no siguió menos por eso su camino, y sin desmayar, llegó, á los veinticuatro años, á ser miembro de la Academia de Ciencias, lo cual no fué más que el comienzo de su gloria. Supongámoslo educado por su madre, la señorita de Tencin, admitido en el salón famoso donde se reunían tantos hombres de ingenio, iniciado por ellos en los problemas científicos y filosóficos, refinado por sus conversaciones, y los adversarios de la herencia no cesarán de ver en su genio el producto de su educación. — La biografía de la mayor parte de los hombres célebres muestra que el influjo de la educación ha sido para ellos unas veces nulo, otras perjudicial, muy á menudo debil. Si nos fijamos en los grandes capitanes, es decir, en aquellos cuyos comienzos son más fáciles de examinar, porque son más brillantes, se verá que Alejandro comenzó su carrera de conquistador á los veinte años; Scipión el Africano (el primero) á los veinticuatro; Carlomagno á los treinta; Carlos XII á los dieciocho; el príncipe Eugenio mandaba el ejército de Austria á los veinticinco años; Bonaparte el de Italia á los veintiséis, etc. En muchos pensadores, artistas, inventores y sabios, su misma precocidad muestra bien cómo la educación es poca cosa, comparada con el innatismo.

Creemos encerrar el influjo de la educación sus justos límites diciendo: *no es jamás absoluto, y no tiene acción eficaz más que sobre las naturalezas medianas*. Suponed que los diversos grados de la inteligencia

humana están escalonados de tal suerte que forman una inmensa serie lineal que suba desde el idiotismo, que está en un extremo, al genio, que está en el otro. En nuestra opinión, el influjo de la educación en los dos extremos de la serie, está en su *mínimum*. Sobre el idiota no hace casi impresión; los esfuerzos inauditos, los prodigios de paciencia y destreza no llegan á menudo más que á resultados insignificantes y efímeros. Pero á medida que se llega hacia los grados medios aumenta su influjo y adquiere su *máximum* en esas naturalezas medianas, que no siendo ni buenas ni malas, son un poco como las hace la casualidad. Después, si se sube hacia las formas superiores de la inteligencia, se ve de nuevo decrecer, y á medida que se aproxima al genio más alto, tiende hacia su *mínimum*.

El influjo de la educación es tan variable, que se puede dudar que sea nunca absoluto. Sin tomar hechos de la historia, que no se ocupa apenas más que de hombres eminentes y distinguidos, basta apelar á la experiencia de todo el mundo, á lo que cada uno sabe, ve y oye todos los días. ¿Es raro encontrar niños excépticos en familias religiosas, ó religiosos en familias excépticas, disolutos en medio de buenos ejemplos; ambiciosos, aunque procedan de una familia modesta y pacífica? Y, sin embargo, no se trata aquí más que de hombres ordinarios, cuya vida se representa en un pequeño teatro y que mueren olvidados.

La educación es una suma de hábitos; en los pueblos civilizados forma un edificio tan sabio, tan complicado, tan laboriosamente construído, que produce asombro cuando se le examina al detalle. Comparad el estado brutal del salvaje con el hombre civilizado é instruído: ¡qué diferencia! Es que, en realidad, hay seis mil años y más que los separan. Sí, muchos de estos hábitos que la educación nos hace adquirir, han costado á la humanidad siglos de esfuerzos. Ha sido necesari-